



1830

M. DOVALLE



AY talento en las poesías de M. Dovalle; y, sin embargo, sin alabanzas, sin camarilla, sin apoyo exterior; esa colección, puede decirse anticipadamente, logrará el buen éxito que merece. Es que M. Dovalle no necesita hoy á nadie para conseguir un triunfo. En materias literarias, el más seguro medio de tener razón, es haber muerto.

Y luego, ese manuscrito del poeta matado á los veinte años, ¡despierta tan dolorosos recuerdos! ¡Tantas emociones acuden presurosas en cada una de esas páginas no concluídas! ¡Siente uno tan profunda compasión en medio de esas odas, de esas baladas huérfanas, de esas canciones sangrientas aún! ¿Qué crítica puede intentarse después de tan conmovedora lectura? ¿Cómo raciocinar lo que se ha sentido? ¡Qué trabajo tan imposible sobre todo para nosotros, críticos poco determinados, simples artistas y poetas! Por eso, después de haber leído el manuscrito, hablaré

más bien de la impresión que me ha producido, que de mi opinión acerca de él.

Lo que sorprende al comenzar esa lectura, lo que sorprende al concluirla, es que todo en ese libro de un poeta tan fatalmente predestinado, todo es gracia, ternura, frescura, armoniosa dulzura, suave y muelle ensueño. Y, pensando en ello, la cosa parece más extraña todavía.

Un gran movimiento, un vasto progreso, con el cual simpatizaba completamente M. Dovalle, se realiza en el arte. Ese movimiento, ya lo hemos dicho varias veces, es consecuencia natural, corolario inmediato de nuestro gran movimiento social de 1789. Es el principio de libertad que, después de haberse establecido en el estado y haber cambiado la faz de todas las cosas, prosigue su marcha, pasa del mundo material al mundo intelectual, y viene á renovar el arte como renovó á la sociedad. Esta regeneración, como la otra, es general, universal, irresistible. Se dirige á todo, todo lo vuelve á crear, á reedificar, rehaciendo á un tiempo el conjunto y los detalles, irradia en todos sentidos y camina por todas las vías. Limitándonos á no examinar aquí más que esa particularidad, por lo mismo que es completa, la revolución del arte tiene sus pesadillas, como la revolución política tuvo sus cadalsos. Eso es fatal. Unas son necesarias después de los madrigales de Dorat, como eran inevitables los otros después de las alegres cenas de Luis XV. Los talentos, decaídos por la comedia con tontillos y la elegía con llorones, necesitaban sacudidas, y sacudidas fuertes. Esa sed de emociones violentas, hermosos y sombríos genios vinieron á satisfacerla en nuestros días. Y no hay que quererles mal por haber vertido en vuestras almas tantas siniestras imaginaciones, tantos horribles ensueños, tantas sangrientas visiones. ¿Qué podían hacer? Aquellos hombres que

parecían tan fantásticos y tan desordenados, obedecieron á una ley de su naturaleza y de su siglo. Su literatura, tan caprichosa cuanto pueda parecer, no es uno de los resultados menos necesarios del principio de libertad que en adelante lo gobierna y rige todo desde arriba, hasta el genio. Será fantasía, en buena hora; pero hay lógica en esa fantasía.

Y luego, ¡qué gran desgracia, después de todo! Buenas gentes, estemos tranquilos. Por haber visto un 93, no nos asustemos del *terror* en materia de revoluciones literarias. En conciencia, aunque sea *satánico* el primero, y *frenético* el segundo, Byron y Malthurin me causan menos temor que Marat y Robespierre.

Aunque sea uno serio, es difícil no sonreír algunas veces contestando á las objeciones que el antiguo régimen literario toma del antiguo régimen político para combatir todas las tentativas de la libertad en el arte. Sin duda, después de las catástrofes que desde hace cuarenta años han ensangrentado á la sociedad y diezmado á la familia, después de una poderosa revolución que hizo *plazas de Grève* (1) en todas nuestras ciudades y campos de batalla, en toda Europa, lo triste, lo amargo, lo sangriento que queda en los espíritus y, por consiguiente, en la poesía, no necesita ser explicado ni justificado. Es evidente que la contemplación de los últimos cuarenta años de nuestra historia; la libertad de un gran pueblo que brota gigante y aplasta una Bastilla en su primer paso; el camino de esa alta república que va con los pies entre la sangre y la cabeza en la gloria, sin duda ese espectáculo, cuando la razón nos muestra que al fin es un progreso y un bien, no debe inspirar menos alegría que tristeza; pero, si nos regocija por nuestra

(1) Lugar donde se levantaba la guillotina.

parte divina, nos destroza por el lado humano, y hasta nuestra misma alegría es entonces triste; de ahí durante largo tiempo sombrías visiones en las imaginaciones y un luto profundo mezclado de altivez y de orgullo en la poesía.

¡Feliz para sí propio el poeta que, nacido con gusto por las cosas frescas y suaves, habrá sabido aislar su alma de todas esas impresiones dolorosas; y en esa atmósfera de llamas y sombras que enrojece el horizonte hasta mucho después de una revolución, habrá conservado radiante y puro su pequeño mundo de flores, de rocío y de sol!

M. Dovalle tuvo esa dicha, tanto más notable, tanto más extraña en él, cuanto que había de concluir de aquel modo é interrumpir tan pronto su canción ¡que apenas había comenzado! Parecería primero que, á falta de dolorosos recuerdos, se hallará en su libro algún presentimiento vago y siniestro. No, nada sombrío, nada amargo, nada fatal. Al contrario, una poesía llena de juventud y hasta infantil á veces; aquí deseos de Querubín, allá una muelle dejadez criolla; un verso de bonito corte, poco métrico, poco rítmico, es cierto, pero siempre lleno de una armonía más bien natural que musical; alegría, voluptuosidad, amor; la mujer, sobre todo, la mujer divinizada, la mujer hecha musa; y luego por todas partes flores, fiestas, primavera, la mañana, la juventud; he ahí lo que se halla en esa cartera de elegías destrozada por la bala de una pistola.

Ó, si alguna vez aquella dulce musa se rodea entre velos de melancolía, será como en *La primera pena*, un acento confuso, indistinto, casi inarticulado, como un suspiro entre las hojas del árbol, un pliegue en la tersa y transparente superficie del lago, apenas un blanco vapor en el cielo azul. Sí, hasta como en la conmovedora personificación del *Silfo*, la idea de la

muerte se presenta al poeta, es tan encantadora y tan suave, tan lejana de lo que será la realidad, que los ojos se llenan de lágrimas:

Oh! respectez mes jeux et ma faiblesse,  
 Vous qui savez le secret de mon cœur!  
 Oh! laissez--moi pour unique richesse  
 De l'eau dans une fleur;  
 L'air frais du soir; au bois une humble couche,  
 Un arbre vert pour me garder du jour...  
 Le Sylphe après ne voudra qu' une bouche  
 Pour y mourir d' amour (1).

Esto no se parece en nada á un presentimiento. Me parece que esa gracia, esa armonía, esa alegría que florece en todos los versos de M. Dovalle, dan á su lectura un encanto y un interés singulares. Andrés Chénier, que murió muy joven también, y que, sin embargo, tenía diez años más que M. Dovalle, Andrés Chénier dejó, igualmente, un libro de dulces y *locas elegías*, como dice él mismo, donde se hallan aquí y allí algunos ardientes frutos de sus treinta años, y rojos con la reverberación de la lava revolucionaria; pero en el cual dominan, lo mismo que en el libro encantador de M. Dovalle, la gracia, el amor y la voluptuosidad. También todo el que lea la colección de M. Dovalle se verá perseguido por el joven y pálido rostro de ese poeta, sonriente como Andrés Chénier y ensangrentado como él.

Otra reflexión se me ocurre al concluir: en este momento de revolución y de tormenta literaria, ¿á quién hay que compadecer, á los que mueren ó á los

(1) ¡Oh, respetad mis juegos y mi debilidad, vosotros los que sabéis el secreto de mi corazón! ¡Oh, dejadme por única riqueza, un poco de agua en una flor! El aire fresco de la tarde; en el bosque un humilde lecho, un árbol verde para que no me moleste la luz... y el silfo, después, sólo ansiará una boca para en ella morir de amor.

que combaten? Sin duda, es triste ver á un poeta de veinte años que se va, una lira que se rompe, un porvenir que se desvanece; pero, ¿no es algo, también, el descanso? ¿No es permitido á aquellos al rededor de quienes se amontonan incesantemente calumnias, injurias, odios, celos, sordos manejos, bajas traiciones; hombres leales á quienes se hace una guerra desleal; hombres adictos que no querrian, en fin, más que dotar al país de una libertad mayor ó nueva, la del arte, la de la inteligencia; hombres laboriosos que prosiguen pacíficamente su obra de conciencia, presa por una parte de viles maquinaciones, de censura y de policía, y por otra, de la ingratitude de los mismos en cuyo bien trabajan; ¿no se les permitirá volver alguna vez la cabeza hacia los que cayeron detrás de ellos y que duermen en la tumba? *Invideo*, decía Lutero, en el cementerio de Worms, *invideo, quia quiescunt*.

¿Qué importa, sin embargo? ¡Jóvenes, tengamos valor! Por rudo que quieran hacernos el presente, el porvenir será hermoso. El romanticismo, tantas veces mal definido, es en todo caso, y esa es su definición real, el *liberalismo* en literatura. Esta verdad ha sido ya comprendida por casi todos los hombres de talento, y su número no es pequeño; y pronto, pues la obra está ya muy adelantada, el liberalismo literario no será menos popular que el liberalismo político. La libertad en el arte, la libertad en la sociedad, he ahí el doble objeto á que deben tender todos los ingenios consecuentes y lógicos; he ahí la doble bandera que une (con muy cortas excepciones) á toda la juventud tan fuerte y tan paciente de ahora; luego con la juventud, y á su frente, lo más escogido de la generación que nos ha precedido, todos esos sabios ancianos que, después del primer momento de desconfianza y de examen, han reconocido que lo que hacen sus hijos es consecuencia de lo que hicieron ellos mismos, y

que la libertad literaria es hija de la libertad política. Ese es el principio que corresponde al siglo y prevalecerá. Los *ultras* de todo género, clásicos ó monárquicos, se esforzarán cuanto quieran para rehacer el antiguo régimen en todas sus partes, sociedad y literatura; cada progreso del país, cada desenvolvimiento de las inteligencias, cada paso de la libertad hará hundir todos los andamios que hayan edificado. Y, por último, sus esfuerzos de reacción habrán sido útiles. En materia de revolución, todo movimiento hace adelantar. La verdad y la libertad tienen eso de bueno, y es que todo cuanto se hace por ellas, y todo cuanto se hace en contra de ellas, les presta igual servicio. Ahora bien, después de tantas grandes cosas como hicieron nuestros padres y que hemos visto, hemos salido de la antigua forma social. ¿Cómo haríamos para no salir de la antigua forma poética? A pueblo nuevo corresponde arte nuevo. Sin dejar de admirar la literatura de Luis XIV, tan bien adaptada á su monarquía, sabrá tener su literatura propia, personal y nacional, esta Francia actual, esta Francia del siglo XIX, que debe á Mirabeau la libertad y á Napoleón su poderío.